



DE JACINTO ROVIRA.

PRIMERA PARTE DE LOS VALEROSOS HECHOS
de este arrogante mancebo, natural de la villa
de Ayelo en el reyno de Valencia.

Retumben con armonía
los clarines de la fama,
llevando mi nombre en ecos
à las naciones extrañas:
publique Marte mis hechos
con sus trompas y sus caxas,
sus pifanos y tímboles,
que como lirás de plata
resuenen por todo el orbe,
ponderando mis hazañas.
Pare su curso la luna,
tiemblen los montes y plantas;

y las fieras mas horribles,
con sus impías entrañas
se pasmen de mi valor,
y tiemblen de mis hazañas.
Ningun guapo me de voces,
ni me miren à la cara,
porque pienso que al mirarme,
si con atencion reparan,
es cierto que de mirarme,
morirán, viendo mi saña.
Escóndase Pedro Ponce,
Martín Muñoz y Villalva:



El Pelado de Aragón
conmigo no vale nada;
tampoco Martín Piñero,
el que à Murcia la nombrada
la puso en consternación
con sus fuertes arrogancias.
Tampoco Mateo Bener
se atreva à sacar la cara,
ni el guapo Agustín Florencio,
ni Juan de Robles de fama,
ni el fuerte Francisco Estévan,
que de sus hechos la fama
le labró eterno renombre
al escudo de las armas.
Tiembren todos de mi orgullo,
y cuantos guapos la fama
celebra con trompas de oro,
à vista de mis hazañas,
todos queden en silencio,
y no profieran palabra.
Preguntará mi auditorio:
aqueste león de Alvania,
aqueste tigre sangriento,
aquesta serpiente airada,
este fiero basilisco,
que es de la muerte guadaña,
quién es, ó cómo se dice?
por mí responda la fama;
y si no, diga mi lengua
el nombre que me acompaña.
Jacinto Rovira soy,
de esclarecida prosapia:
nací en la villa de Ayelo,
tan inclinado à las armas,
que por mi divertimento
jugaba mucho à la espada;
luego maneje escopeta,
y me aficioné à la charpa.
En este tiempo mis padres,
por conveniencias que hallan,

fueron à Villajoyosa,
trasladando su morada,
en cuya villa los mozos
ya un los hombres me temblaban.
Viendo mis padres mi ingenio,
que por sutil celebraban,
y que mi talento era
digno de ciencias mas altas,
à Gandía me enviaron
para que en aquella sabia
Universidad pudiera
adelantarme en sus aulas,
y llegar por este medio
à la dignidad preclara
del sacerdocio, mas yo
(aquí empiezan mis desgracias)
como no me sentó bien
el vestirme la sotana,
todo el tiempo se me iba
en reñir algunas causas;
que como en mí no hubo miedo,
jamás les volví la cara
à los guapos mas temidos,
que en la ciudad celebraban.
Por una niña bonita
de sangre calificada,
tuve mi primer empeño,
siendo Cupido la causa.
Pues un primo hermano suyo,
que de jaque se preciaba,
viendo clara su deshonra,
me dixo ciertas palabras
con sobrado atrevimiento;
mas yo con furiosa rabia,
arrancando mi puñal,
le di siete puñaladas,
dexándomelo à mis pies
por trofeo de mi saña.
Viéndome ya en tal empeño,
y que mi vida arriesgaba,

pro-

procuré de allí ausentarme
con cuidado y vigilancia,
y me parti à Ziragoza,
donde estando una mañana,
despues que corrí sus calles,
remplos, palacios y plazas
(divuxo hermoso de aquella
ínsigne corte romana)
viendo yo gran multitud
de soldados, y que estaba
allí la bandera real,
y ocasion de adquirir fama
senté plaza muy gustoso,
que á mi inclinacion tan rara
de Marte el horror y estruendo
es solo lo que le agrada.
Soldado en fin, me parti
con el capitan de guardia,
escoltando una reclusa,
que à Tortosa los llevaba.
Cuando sintiendo un tropel,
estando aun à corta marcha,
reconocimos que eran
miqueletes, y que andaban
siguiéndome à mi los pasos
por breñas y por montañas.
Cuatrocientos y mas eran
los que este cuerpo formaban;
pero yo y mi capitan,
que era un soldado de fama,
con el cuidado y cautela
que el caso necesitaba,
los esperamos à un tiempo,
previniendo nuestra escuadra,
cuando de unos y de otros
pudo oirse: abanza, abanza.
Yo entonces que vi el incendio,
y tan sangrienta batalla,
metí espuelas al caballo,
y echando mano à la espada,

parecí entre los contrarios
una fiera desatada.
En este tiempo el caballo
me hirieron con una bala;
pero arrojándome à tierra,
cual basilisco con rabia,
hice tal destrozo en ellos
con mi cortadora espada,
que ya piernas y ya brazos,
y ya cabezas rodaban.
A este tiempo el capitan,
al impulso de una bala,
vide que tendido en tierra,
ya el aliento le faltaba,
y un catalan atrevido
el vestido le quitaba:
cuando con denuedo ayroso
le tiré una cuchillada,
que la mitad del pescuezo
le corté, y à la venganza
acude otro compañero,
quien me disparó una bala,
hiriéndome en una pierna;
y yo como sierpe airada,
me arrojé sobre el traydor,
y al impulso de mi espada
le destrocé la cabeza
de cinco ò seis cuchilladas.
Huyeron los enemigos,
reconociendo pujanza:
y entonces mi capitan,
estimando mis hazañas,
à su costa y con regalo,
dispuso que me curáran.
Entrando yo en Martorel,
me enamoré de una dama,
que en asco y hermosura
era un retrato de Palas.
A este tiempo un capitan
gambien la galanteaba;



mas yo rabiando de celos,
como una sierpe pisada,
me atreví à desafiarme,
y él aceptó mi demanda.
Salimos los dos al campo,
y en breve espacio mi espada
le abrió dos puertas al cuerpo,
para que saliese el alma.
Hallándome mal seguro
entre las tropas de España,
me determiné à embarcarme,
y en una nave que estaba
en la insigne Barcelona
de viage para Holanda,
me embarqué, y en mes y medio
llegué à la ciudad de Haya,
que se nombra corte insigne
de los estados de Holanda.
Allí estuve quince días,
y luego sin repugnancia
me pasé à la Inglaterra,
y di la vuelta à Vizcaya
y Portugal, y en Lisboa
desembarqué con bonanza.
Al cabo de poco tiempo
pasé al reyno de Navarra:
de allí cogiendo el camino,
atravésé toda Francia,
y llegando hasta Tolon,
me embarqué para la Italia.
De allí me partí à Viena,
que es la corte de Alemania,
donde estuve quatro meses:
y viendo que me enfadaba
el finflau de aquella lengua,
me volví otra vez à Italia.
Tambien estuve en Sicilia,
y de allí con vigilancia
me embarqué para Mallorca,
en cuya ciudad de Palma

estuve unos quatro meses
y un dia por su desgracia
un barbero, que por guapo
el pueblo le veneraba,
se desvergonzó conmigo,
mientras me hizo la barba.
Sufri por la contingencia
que amenazó à mi garganta,
y aquella tarde siguiente
me sangré y eché en la cama,
para que el pueblo de mi
en nada se recelára.
Llegada que fue la noche,
alzándome de la cama,
con gran tiento me salí
à executar mi venganza.
Descubrí al señor Barbero,
que tocando una guitarra,
muy olvidado de mí,
se aseguraba en su casa:
le asesté una carabina
con quatro sangrientas balas,
con las cuales la vihuela
contra el pecho hice migajas.
Volvíme muy poco à poco
à la vuelta de mi casa,
y con el poco egercicio,
ò la fuerza demasiada,
soltóseme la sangría,
y la gente de la casa,
viendo esta demonstracion,
se recelan lo que pasa.
Por cuya causa al instante
me embarqué en una tartana,
y à otro dia en Barcelona
seguro me desembarcan.
Y aquí, discreto auditorio,
le doy fin à aquesta plana,
y en otra segunda parte
referiré lo que falta,



SEGUNDA PARTE DE JANCINTO ROVIRA.

Lirgo pues que en Barcelona
à fixar llegué las plantas,
me mantuve algunos días,
paseándome en sus plazas,
divertido en sus primores,
que son de grande importancia.
Algunos guaperonazos,
de estos de la vida airada,
me tomaron entre ojos,
y una noche por la rambla
pasaba yo con descuido,
cuatro de ellos me aguardaban,
y por probar mi valor,
comienzan à carcajadas,
haciendo burla de mi.
Pero yo, que ya la saña
me salia por los ojos,
les dixé: infame canalla,
si acaso ignorais quien soy,
apercibid vuestras armas.
Esto dixé, y cogí un tronco,
que allí cerca divisaba,
y empezamos la refriega
mas sangrienta que en las aras
del fiero Marte se ha visto,
ni ha sucedido en batalla.
De los cuatro maté à tres,
y el otro herido se escapa.
Hirieronme en una pierna,
cuya herida fatigaba
lo bastante mi valor;
pero entréme en una casa,
en donde una buena viuda
tenia allí su morada.
Supliquéla, que por Dios
me asistiera y me curara;

hízolo con tanto amor,
y caridad tan sobrada,
que viendo que la justicia
vigilante me buscaba,
me ocultó con gran piedad
en un cuarto de su casa.
Reparé, que muchas veces
que delante de mi estaba,
lloraban mucho sus ojos,
y suspiros exhalaba.
Preguntéla: madre mia,
qué la aflige ò qué le embarga
el natural sufrimiento?
dígame si soy la causa.
Respondióme: tú, mancebo,
has destruido mi casa,
porque mataste à mi hijo
esotra noche en la rambla;
pero yo mirando à Dios,
que en sus preceptos me manda
que al enemigo perdone,
digo que de buena gana
te perdono; ve seguro:
Dios te libre de desgracia,
que por mi ningún agravio
te se hará; y así mañana,
supuesto que estás mejor,
te puedes ir à tu patria.
Yo entonces me eché à sus pies,
diciendo me perdonara,
que no tenia la culpa
del suceso que pasaba.
Levantóme y consolóme,
y à otro día me prepara
comida para el camino,
y salí dándole gracias

à aquella buena muger,
ò aquel ángel de mi guarda.
Salí de Barcelona,
y estando à una legua larga,
encontré cinco soldados
prevenidos de sus armas:
saludéles muy cortes,
y ellos que me ven la charpa,
me dixeron la soltase
en tierra sin repugnancia.
Yo que conocí el peligro
que tan cierto me amenaza,
cogí el tronco de un olivo,
y empecé à jugar las armas
con tal dicha, que los tres
en tierra se revolcaban,
y los dos viendo el peligro,
que cierto les amenaza,
se valieron de los pies,
huyendo mi furia extraña.
Salí de aquesta refriega
sin lesión, y con gran ansia
enderezando el camino
para venirme à mi patria,
muy cerca de Martorel
dos catalanes estaban
prevenidos de escopetas,
y al pasar yo, me disparan
dos tiros para robarme;
y usando yo de mis mañas,
me rendí de golpe en tierra
como muerto, y luego arrancan
à despojarme la ropa,
y todo lo que llevaba.
estando cerca de mí,
me senté con arrogancia,
disparéles dos pistolas
à un tiempo, con cuya carga
los despaché de este mundo,
para que jamás robaran,

Proseguí en paz mi camino,
hasta que en Valencia entraba,
y di gracias à la Reyna
Madre de Dios soberana,
Madre de Desamparados,
que me libró de desgracia
en peligros tan patentes
como à mí me amenazaban.
Salí luego de Valencia,
y à Gandía caminaba,
no acordándome en efecto
de aquella muerte pasada:
pero en medio del camino
encontré por mi desgracia
al hermano del difunto,
que con otros caminaba,
y luego que me conoce,
se previene à la venganza
de su hermano: pero yo
que las acciones miraba,
aunque pesaroso, alisto
los alientos y las armas.
Y todos chocando fuertes
conmigo, como piratas,
me dieron bien que entender;
mas yo con furiosa rabia
disparando mi trabuco,
con el furor de las balas
al hermano di la muerte.
y los demás que batallan
solo por el pundonor
de acompañarle, se cansan,
y trepando presurosos,
me volvieron las espaldas.
Pero tomando los pasos
la Justicia, con el ansia
de prenderme, por aviso
de los que de mí se escapan,
me cercaron animosos,
diciendo: rinde las armas.

Pero yo que nunca pude
escuchar tales palabras,
les disparé mi trabuco
con tan no vista arrogancia,
que à cinco les di la muerte,
y tres heridos se hallan.
Pero como fueron tantos
los que me cercan y atajan,
rendime, bien de por fuerza,
y preso, me desarman.
A Valencia me conducen,
y en la torre me afianzan,
fulminando por minutos
mis delitos y mis causas.
Y viendo que no hay remedio,
y que está la suerte echada,
de un gitano, que en la torre
tambien prisionero estaba,
me valí, y aconsejados,
una rexa y su ventana
falsé con instrumentos,
y escapamos, sin que haya
persona que nos lo impida,
ni aun los soldados de guardia.
Tomé el camino de Agres,
en cuya villa me amparan,
entretanto que mi tío
me socorre con su plata.
En este tiempo el alcalde,
supo por cosa muy clara,
que à la justicia de Alcoy
avisó con vigilancia.
Paguéle a queste recuerdo
con lo blanco de dos balas,
que le envié por la posta,
al impulso de una carga.
Fuime à la villa de Planes,
y un amigo que me ampara,
me contó que à una hija suya,
doncellira muy honrada,

un cierto bribon de mozo,
porque ella el sí no le daba,
le cruzó la cara osado;
mas yo sin hablar palabra,
tomándole bien las señas,
en su busca caminaba.
Cogíle por su desdicha,
y de un trabuco la carga
lo arrojó mas de seis pasos
del terreno que ocupaba.
Viniendo por el camino,
encontré armado de charpa
à un bizarro labrador,
que de guapo rebentaba;
me arrimé y con un puñal
hícele soltar las armas.
Partíme otra vez à Agres,
y me dixerón que andaba
el nuevo alcalde muy listo,
por escaxarme en la jaula.
Teniendo de esto noticia,
me fui derecho à su casa,
y le llamé, por decirle
cuatro cosas de imporrancia.
Tiróme un pistoletazo,
pero quiso su desgracia,
que la pistola dió fuego,
pero no salió la carga.
Tiréle con una mia,
con tal acierto y pujanza,
que sin poderse valer,
le partí por las espaldas.
Paséme à Villajoyosa,
y estando un dia en la plaza,
vi que un hombre con vigotes
vendiendo estaba manzanas.
Llegóse en a queste tiempo
una señora preñada,
y sobre escoger la fruta,
que mas à ella le agradaba,



la despidió muy soberbio;
y yo sacando la cara,
le dixé que la dexase
tomar lo que la gustaba:
Respondió que no quería,
con desvergüenza sobrada;
pero yo asile un vigote,
y tirando de él con rabia,
le arranqué vigote y labio,
y en tierra lo pateaba.
Un mozo desvergonzado
à una dama cortesana
hartóla de puntapiés,
y ella viéndose injuriada,
lo que le pasa me dixo,
conque sacando la cara,
al soplo de una pistola
al mozo dexé sin alma.
En fin, para qué me canso,
si no pueden ser nombradas
las muertes que a questo brazo
ha executado con rabia?
pues no hubo empeño, agravio,
pendercias, riñas, desgracias,
que no executase, siendo
juez que sentenciaba causas,
con asombro de los pueblos,
y terror de las montañas.
Pero queriendo ya el cielo
dar fin à maldades tantas,
y prevenirme piadoso
del infierno que me aguarda,
cierto dia que en un monte
mayores muertes trazaba,
y la ira y el enojo
prevenía con las armas,
oí una voz que terrible,
nombrandome, me amenaza.
Faltóme aquí mi valor,

y lleno de miedo y ansias,
casi en brazos de la muerte,
mi aliento titubaba:
todo susto, todo horror,
todo miedo que me pasma,
caído como otro Pablo,
yerta la voz, se levanta
al cielo mi tierno llanto,
y estas voces mal formadas
dixé: Señor, ya conozco
mis delitos, y que bastan
para un infierno de penas;
pero à vuestra piedad clama
esta ovejuela perdida:
merezca, Señor, que entrada
vuelva à tener en tu alvergue,
porque no se pierdan tantas
misericordias que usaste
por tu bondad con mi alma.
Esto dixé, y al instante
me fui à la villa de albayda,
y en un sacro monasterio
de franciscos se repara
mi susto en la confesion
que hice de mi vida larga.
Salíme de aquel convento,
y caminando à Alfafara,
mis contrarios à este tiempo
tenian una celada,
y al pasar por medio de ellos
me dieron carga cerrada,
à cuyo incendio horroroso
dexan el cuerpo sin alma.
En esto paró Rovira,
señores, y en esto pararon
los que sin conocimiento,
sin Dios ni ley soberana,
cometen tales delitos,
y causan tales desgracias.

F I N.

EN VALENCIA; Por la Hija de Agustín Laborda, en la Bolsería.